

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

FUNDADOR

D. Arturo Zancada y Conchillos.

AÑO XIX.—NÚM. 30

24 de Diciembre de 1898.



Gebr. Kröner & S. Schwann & Co.

Herm. Vogel. Pl. 89.

EN NOCHEBUENA.—La fiesta de los niños.

SUMARIO

GRABADOS: En Nochebuena: La fiesta de los niños.—Las vacaciones.—Los huérfanos.—Regalo de Navidad.—Después de la cena.—Paisaje de invierno.—Para el señor cura.—Sport infantil.—A la primera jugada.—En la plaza Mayor.

TEXTO: Crónica, por Juan de España.—Un proyecto importante, por D. Joaquín Costa.—Cuentos de Nochebuena, por don Daniel Collado.—Reorganización social, por D. F. G.—Bautismo de fuego, por D. Juan Lapoulipe.—El eco miente, por don Luis Bonafés.—El globo, por D. Elías Salvador.—Eruditos y oradores, por D. Rafael Torromé.—En tal día como hoy..., por D. Eduardo de Palacio.—Notas bibliográficas.—El disfraz de los pillos, por D. José Rodaó.—Revista de teatros, por *El Dómine Lucas*.—En tinieblas, por D. Fernando Zaide.—Anuncios.

ADVERTENCIA

La Administración de este periódico se ha trasladado á la calle de Echegaray, núm. 34, principal.

CRÓNICA

A la hora en que escribimos estas líneas, el volante de la máquina política gira con rapidez tan vertiginosa, que no habría aparato capaz de acusar con exactitud el número de sus revoluciones, por perfecto que fuera.

Regresó de París la Comisión de la paz trayendo en sus carteras los comprobantes de nuestra desdicha; sonó la palabra crisis y los partidos y los grupos, las fracciones y los individuos aislados conferencian, meditan, cabildean y consultan y todo hace suponer, en vista de tal movimiento, que nuestros políticos, tocados en el corazón por el dedo del patriotismo, han entablado competencia para ver quién consigue en menos tiempo y con menores sacrificios labrar la felicidad del país.

Pero antójásenos, y ojalá nos equivoquemos, que, más que este fin, lo que persiguen algunos políticos es el seguro de su vida pública y así lo demuestran sus maniobras y sus procedimientos, no ajustados al espíritu nuevo que todos ansiamos descubrir, sino al sistema antiguo, que más tiene de tramoya teatral y de trapisond curialesca que de empeño noble y sincero.

Ante semejante espectáculo habríamos perdido á estas horas toda nuestra fe y toda nuestra esperanza de redención si no tuviéramos en cuenta que no es en las encrucijadas de los centros políticos donde ha de resolverse esta crisis suprema, cuya solución será para España de vida ó muerte, sino en superiores alturas que, indentificadas con la gran masa social y atentas á sus justas quejas, encomendarán la reconstitución del país, no al que más se agite y vocifere, sino al que más concrete y garantice.

No están los tiempos para satisfacer caprichos ni ambiciones; no consiente la agudísima dolencia que España padece curanderos ni mediquillos con más audacia y verbosidad que positiva ciencia, sino doctores abnegados que, más que á su

personal satisfacción, atiendan y persigan la curación ó el alivio del enfermo.

La llaga es extensa y profunda y, por lo mismo, es necesario un enérgico cauterio.

¿Existen en la política militante hombres con suficiente resolución para aplicarle?

¿Ofrecen garantías de éxito?

Pues confiese á tales hombres misión tan espionosa y delicada.

Pero como estamos ciertos de que además de los naturales obstáculos con que han tropezar se les han de poner otros de índole muy distinta, fuerza será que el país independiente y honrado apoye resueltamente su gestión, fiscalizándola á la vez para advertirles del error si en él incurren ó para retirarles su confianza si en vez de yerro fuese maldad.

Todos, absolutamente todos, debemos convencernos de que al extremo á que aquí han llegado las cosas la indiferencia es un delito.

Empecemos, por lo tanto, á vivir como verdaderos ciudadanos, exijamos que se respeten nuestros derechos y se nos garantice la libre expresión de nuestra voluntad, demostremos que aun hay espíritu en nuestra patria y hagamos, por último, comprender á todos los políticos, sin excepción, que ya no hay espejismo que pueda deslumbrarnos.

Sigamos, pues, atentamente el desenvolvimiento de la crisis, tomemos nota de cuanto digan y de cuanto hagan los hombres viejos y los hombres nuevos, para que después, y con verdadero conocimiento de causa, apoyemos á quien de apoyo sea digno y retiremos nuestra confianza á quien no la merezca.

Si el mal de muchos no fuera consuelo de tantos, á estas fechas estaríamos consolados casi todos los españoles.

Bastaría para ello que nos mirásemos en el no muy limpio espejo de nuestros vecinos los franceses, que si no están ya en situación parecida á la nuestra hacia ella caminan.

Habló hace pocos días en la Sorbona, ó como si dijéramos en el cerebro de Francia, Mr. Bouvalot y dijo, entre otras cosas, las siguientes, y acerca de las cuales debemos meditar:

“Nuestra Deuda llega á la enorme cifra de 35.000 millones.

„El déficit probable para el año corriente es de 86 millones.

„Nuestros funcionarios públicos cuestan 627 millones y su número aumenta todos los días.

„Nuestras colonias no cuentan todavía con un verdadero ejército colonial, están mal gobernadas y peor defendidas

„Tenemos perdida nuestra reputación en el mundo entero.

„Nuestra política interior y exterior es tal, que Inglaterra acaba de tratarnos con una desenvoltura que no sufriría ni el turco, el hombre enfermo de Oriente. ¿Vamos á ser el hombre enfermo de Occidente?

„Óyense los gemidos y las quejas de los descorazonados; los indiferentes se encogen de hombros.

„Los asustados miran á todas partes á ver si aparece el salvador.

¿No es verdad que esa pintura debía consolarnos?

Pues debe entristecernos, porque demuestra, en primer término, que en Francia hay quien ve los males y los denuncia con franqueza y valentía

y en España no, y en segundo, porque si la decadencia de Francia continúa la nuestra se acentuará mucho más.

Y esto es triste, muy triste, tan triste como el consejo con que nos obsequia un inglés desde las columnas de la *Contemporary Review*:

“En menos de media centuria, España, bajo el protectorado de los Estados Unidos, igualaría ó superaría á Francia en riqueza. Lo que falta en la Península son brazos que cultiven la tierra é iniciativas que desarrollen las industrias.

„Excepto los políticos de profesión, los jefes militares y los funcionarios públicos, los españoles se avendrían gustosamente á ese protectorado seguros de librarse con él de la empleomanía, del cohecho y del fanatismo religioso.

Así ha hablado ese inglés, ¿y saben ustedes por qué?

Pues porque, aunque en corto número, existen en España sinvergüenzas que faltos de valor para combatir los males que nos agobian, verían con gusto que los combatesen los extranjeros.

Efectos de la grandeza de alma.

Allá cuando Pina Domínguez (si la memoria no nos es infiel) estrenó *La fiesta de la gran vía*, juzgó y sintetizó la seguridad que andando el tiempo habíamos de disfrutar los madrileños en estos cuatro versos:

“Atropellos, treinta y dos;
asesinatos, cuarenta;
robos, ya perdí la cuenta.
Queden ustedes con Dios.”

Y el personaje que esto hablaba, que era un guardia de Orden público, daba media vuelta y desaparecía tranquilamente por el foro.

Hoy quien desaparece por ese sitio con una fresca cura que espanta, son los señores ladrones y los señores asesinos, y les damos tratamiento porque no es cosa de irritarlos y que nos hagan blanco de sus iras.

Durante el mes que está á punto de terminar, los asesinatos, las riñas, los atracos y los robos han estado á la orden del día, y si Dios y el señor Aguilera no ponen remedio va á ser cosa de buscar refugio en Sierra Morena, donde por mal que estemos no estaremos tan expuestos como en Madrid.

Porque si así continuamos no habrá quien se atreva á salir de su domicilio sin llevar un Mauser, y aun para andar por casa nos será necesario.

Hay, pues, que aumentar el cuerpo de seguridad y poner mano en eso de los porteros y de las porterías, pues estos apreciables *funcionarios* y *funcionarias* distan mucho de cumplir, en la mayor parte de las casas, con la misión que les está encomendada.

¿Que no es suya la culpa? Pues si no suya lo será de los caseros, y si éstos apreciables señores gustan de que los inquilinos no se retrasen, justo es que ellos procuren, hasta donde les sea posible, que los ladrones no se adelanten.

Desearíamos, por lo tanto, no tener que volver sobre este asunto en crónicas sucesivas, y vamos á poner fin á la presente deseando felices Pascuas á nuestros lectores y despidiéndonos de ellos hasta el año que viene.

JUAN DE ESPAÑA.



Un proyecto importante.

(Continuación.)

A través de esto, principia ya á medirse la profundidad de la caída. Los hombres de gobierno no mantuvieron sus promesas: faltaron aptitudes, faltó virilidad. "Los que no tengan valor para sufrir que su nombre sea vilipendiado (escribía Becerra en 1892), los partidos que por contemplaciones ó por miedo á la impopularidad no introduzcan de ochenta á cien millones de economías, no son dignos del poder.", Por desgracia, ni tuvieron ese valor ni abandonaron el poder; no se hicieron aquellas mutilaciones dolorosas, y la gangrena prosiguió sus estragos; después de varios intentos sinceros de nivelación, los dos partidos del turno declaráronse de hecho impotentes, no ya para disminuir los gastos, sino que hasta para contener su aumento, siempre creciente; acobardados ante el déficit, sin arrojo para confesarlo, apuraron todo su ingenio en disfrazarlo, buscando ilusionarse á sí propios y despistar al país; y en esta tarea antipatriótica les sorprendió la guerra. Entonces, entre acuñar el oro de la autonomía, que valía miles de millones para nuestro Tesoro y para nuestra exportación, ó acuñar la sangre de la juventud, optaron impiamente por lo último; un abismo llamó á otro abismo, una guerra á otra guerra, y en conclusión, que sin que hubiese llegado á mejorar aquella desesperada situación de la víspera, que representaba la quiebra en la paz y el Estado entero que se venía al suelo, se le ha sumado lo siguiente: disminuído el territorio y su potencia productiva, quizá en una mitad; aumentada la Deuda pública en unas mil pesetas por familia; el déficit subiendo de ochenta millones á más de trescientos.

Así, lo que antes había sido caída con alguna esperanza de rehabilitación, ha sido ahora desplome y aniquilamiento. Todo lo que era progreso, riqueza y contento de la vida; todo lo que era aumento de bienestar, de vigor, de salud, de vida mediana, de población, de cultura, de aproximación á Europa, de porvenir en la historia del mundo, lo hemos disipado, ¡locos y criminales!, en pólvora y en humo; durante cuatro años, la guerra se ha estado tragando un canal de riego cada semana, un camino cada día, diez escuelas en una hora, en media semana los cuarenta y cuatro pueblos creados por Olavide y Aranda en los valles de Sierra Morena...

No hagamos cuenta con los 2.000 ó 3.000 millones de pesetas que habría podido producir la cesión de las Antillas y de las Filipinas, porque esto, desgraciadamente, á causa de no habernos sido conocida á tiempo la psicología nacional, no llegó á ser nunca un problema serio; hagamos caso omiso del capital de 1.000 millones de pesetas que representan los hombres perdidos en las tres guerras, al tipo en que gradúan los colonistas el valor económico de los inmigrantes en Argelia y en los Estados Unidos; fijémonos nada más en los 4.000 millones á que se acerca el coste de la guerra en el cuatrienio último; ellos representan la suma de los objetos siguientes: todos los canales y pantanos posibles en España, con millón y medio de hectáreas de regadío aumentadas al otro millón y medio existente en la actualidad; 250.000 kilómetros de caminos antiguos convertidos en vías perfeccionadas para carros, y 10.000 kilómetros de carreteras; una colonización interior, representa-

da por mil poblaciones nuevas, con un aumento de cuatro á cinco millones de habitantes; adquisiciones territoriales en África para nuestra industria, para nuestra marina, para nuestra emigración, en una superficie doble que la Península; toda la potencia vital, el alma entera de la nación; cuanto historia podía aún realizar á través del tiempo.

Calcule quien tenga entendimiento y corazón para tanto, la suma de miserias, de fatigas, de martirios, de hambre, de atraso, de incultura, de servidumbre personal y política, de enfermedades, de muertes prematuras, que representa durante varias generaciones la falta de esos poderosos instrumentos de dominación sobre una naturaleza tan enemiga como la nuestra; la falta de treinta canales y de trescientos pantanos entre grandes y medianos; la falta de dos mil caminos carreteros y de herradura perfeccionados; la falta de diez nuevas provincias ganadas por vías de colonización dentro de la Península, donde ir colocando los aumentos de la población; la falta de un millón de kilómetros cuadrados de territorio africano, asiento de un imperio colonial virgen donde ejercer España su acción civilizadora y engendrar nueva prole de naciones, estímulo para su comercio exterior, mercado para sus manufacturas, carrera para sus navés, prestigio y poderío para su bandera; calcule lo que podía hacerse en Fomento, lo que se pudo hacer en Ultramar con trescientos millones de pesetas todos los años durante un período de tiempo indefinido; calcule la diferencia que va de tener todo eso en el activo como alas á tenerlo en el pasivo como grillete, y principiará á comprender lo que significaban aquellas guerras para una nación como España, agotada, sin recursos, con una población escasa y anémica, y como principal base contributiva una agricultura de secano y abrumada por la hipoteca, y acabará por medir la inmensidad del retroceso y de la caída y á leer en el porvenir, vislumbrando el desenlace fatal, la anulación definitiva, los nuevos despojos en amago, y, en suma de todo, la imposibilidad de la restauración, al menos por medios ordinarios y normales.

Se comprende la amargura de esta observación hecha por el Sr. Silvela ya en 1895, explicación acabada de nuestra miseria constitucional, de nuestro atraso casi marroquí y de nuestras desventuras presentes. "Asombra y entristece (decía) contemplar lo poco que en veinte años de monarquía y de paz hemos hecho para mejorar los organismos administrativos, el estado de nuestro crédito, la regularidad de nuestra vida municipal y provincial, el régimen mercantil con nuestras provincias hermanas de Ultramar, nuestra situación monetaria, nuestras cuestiones de ferrocarriles y de obras públicas, habiendo vivido al día, sin hacer ni intentar nada que salga de la rutina conocida en cosas y personas."

Añádase á esta confesión de los políticos en activo, hecha por labios del más autorizado de ellos, el gran derrumbamiento que ha sobrevenido después como consecuencia de esa falta de orientación y de voluntad, de ese abandono y de ese vivir al día, y dígame si no tenemos motivo para arrepentirnos de nuestra negligencia, más culpable aun que la suya; si no tenemos razón en promover una enmienda de parte nuestra, de parte del país, para evitar que dentro de veinte años, caso de que antes no hayamos sido absorbidos en la esfera de acción de otra potencia, pueda repetirse, por más grave motivo, aquel arranque de sinceridad del Sr. Silvela,

Por más grave motivo decimos, teniendo en cuenta el cambio en las condiciones de la gobernación determinado por la triple catástrofe financiera, política é internacional del último cuatrienio.

Durante aquellos veinte años fué, ó mejor dicho habría sido, cosa fácil gobernar; y en los veinte años que ahora principian el gobernar va á ser más aún que difícil, punto menos que imposible. Ha concluído el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios.

No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capitolio; quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el gobierno, "impersonales": Bismarks, inertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero de todos modos no se lo preguntemos á nadie, inquirámoslo por nosotros mismos. Veamos si es verdad que hay un alma nueva en España y verbo que la sepa encarnar.

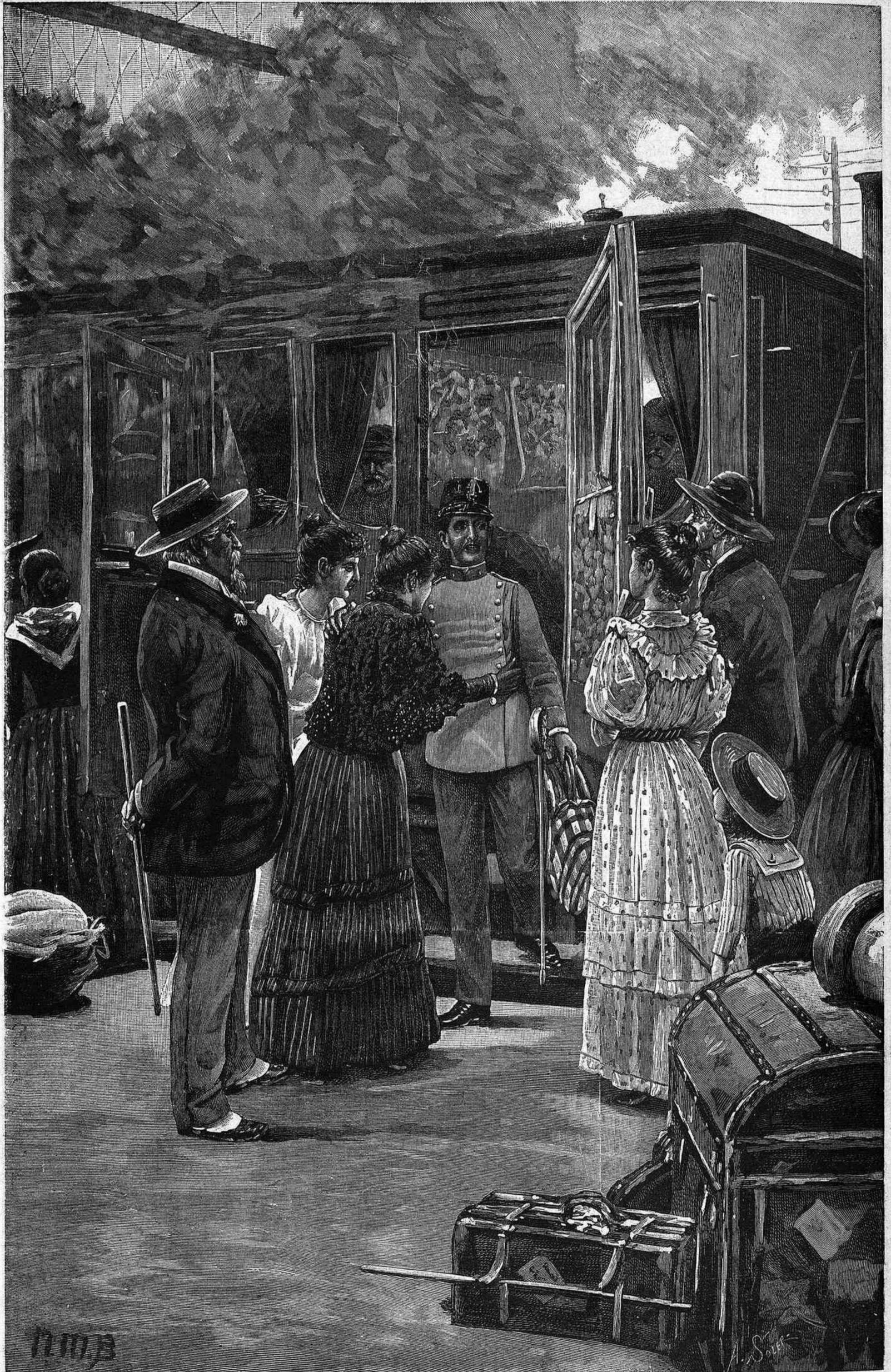
Hasta ahora, las colectividades á quienes nos dirigimos con esta circular, se limitaron á proponer y suplicar á los poderes como quien no aspiraba á gobernar sino á ser bien gobernado. Y en eso justamente ha estado nuestra culpa. La experiencia acaba de enseñarnos que tenían razón en lo pedido, pero no en la manera de procurarlo: fuera de muy contados casos, su voz se ha perdido siempre en el vacío: veinte años de desaire han debido persuadirnos de que no íbamos por buen camino confiando la ejecución á otras manos que las nuestras.

Hacia siglos que la sabiduría popular venía amonestándonos con aquel refrán, que vale por un libro: "Hacienda, tu amo te vea"; y sordos al consejo, abandonamos la nuestra, la hacienda de todos, la hacienda de la nación, al torpe cuidado de administradores espontáneos, que ni siquiera nombrados por nosotros. Todos se atrevían con lo nuestro, con nuestros caudales, con nuestro honor, con nuestra libertad; pero no es maravilla, pues les daba alas nuestro aguante. Cierto que fueron las Cortes, con el Gobierno, quienes votaron la catástrofe, y que esas Cortes no habían sido votadas por nosotros, porque no nos dejaron que las votásemos los gobernantes; pero no por eso somos menos culpables, por no haber usado de otros medios legales para hacernos oír, por haber tolerado que gobernasen los que no hacían cuenta con nosotros, los gobernados, por no haber acudido á su propio terreno para luchar con ellos y convencerlos ó sustituirlos, entrando en turno cuando menos.

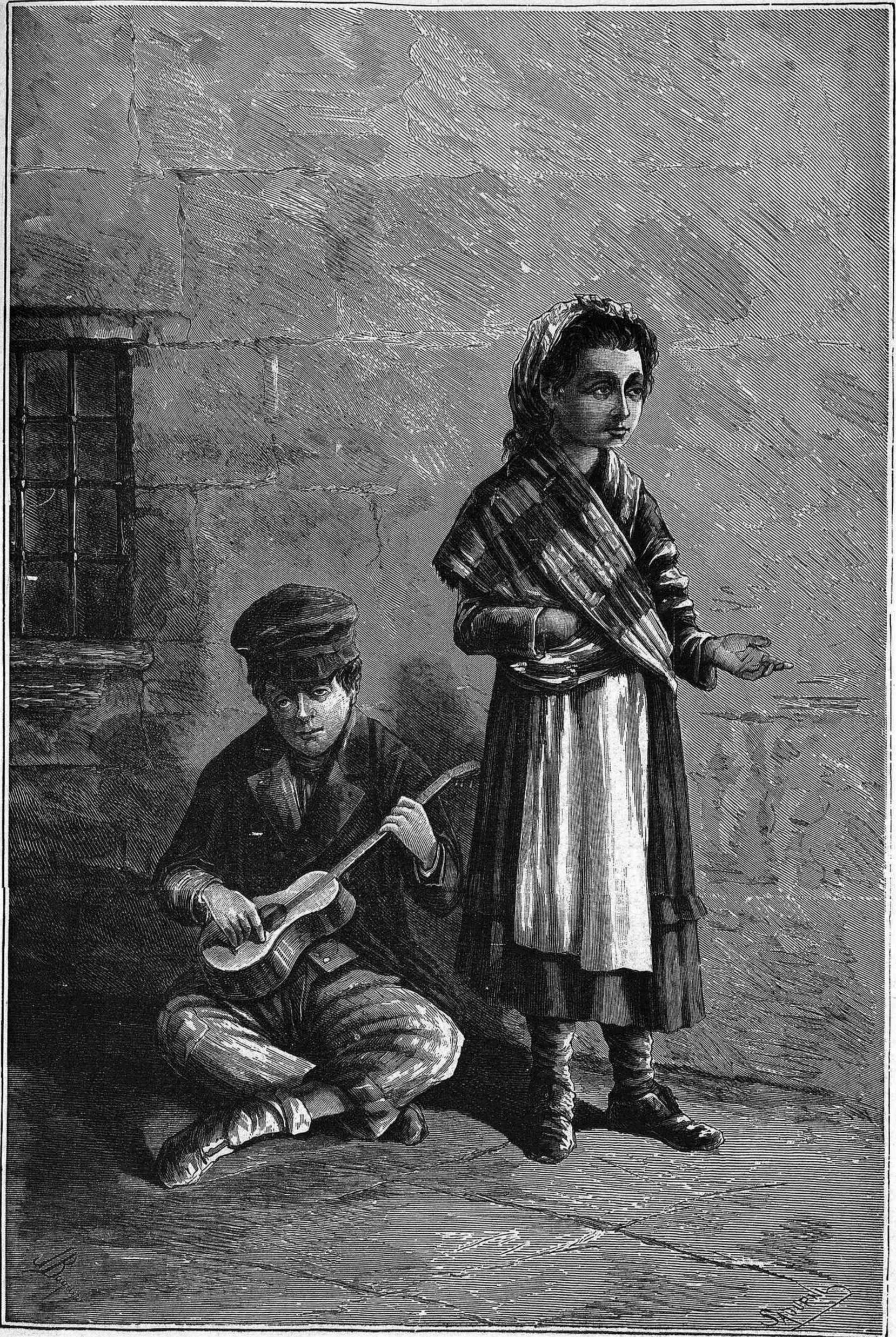
Ahora, en este instante de angustia suprema, después de la *debacle* apocalíptica en que nos hallamos envueltos, la necesidad es infinitamente más calificada, y mereceríamos nuestra suerte más aún de lo que la hemos merecido al presente si obrásemos lo mismo que antes, no obstante el escarmiento.

(Continuad.)

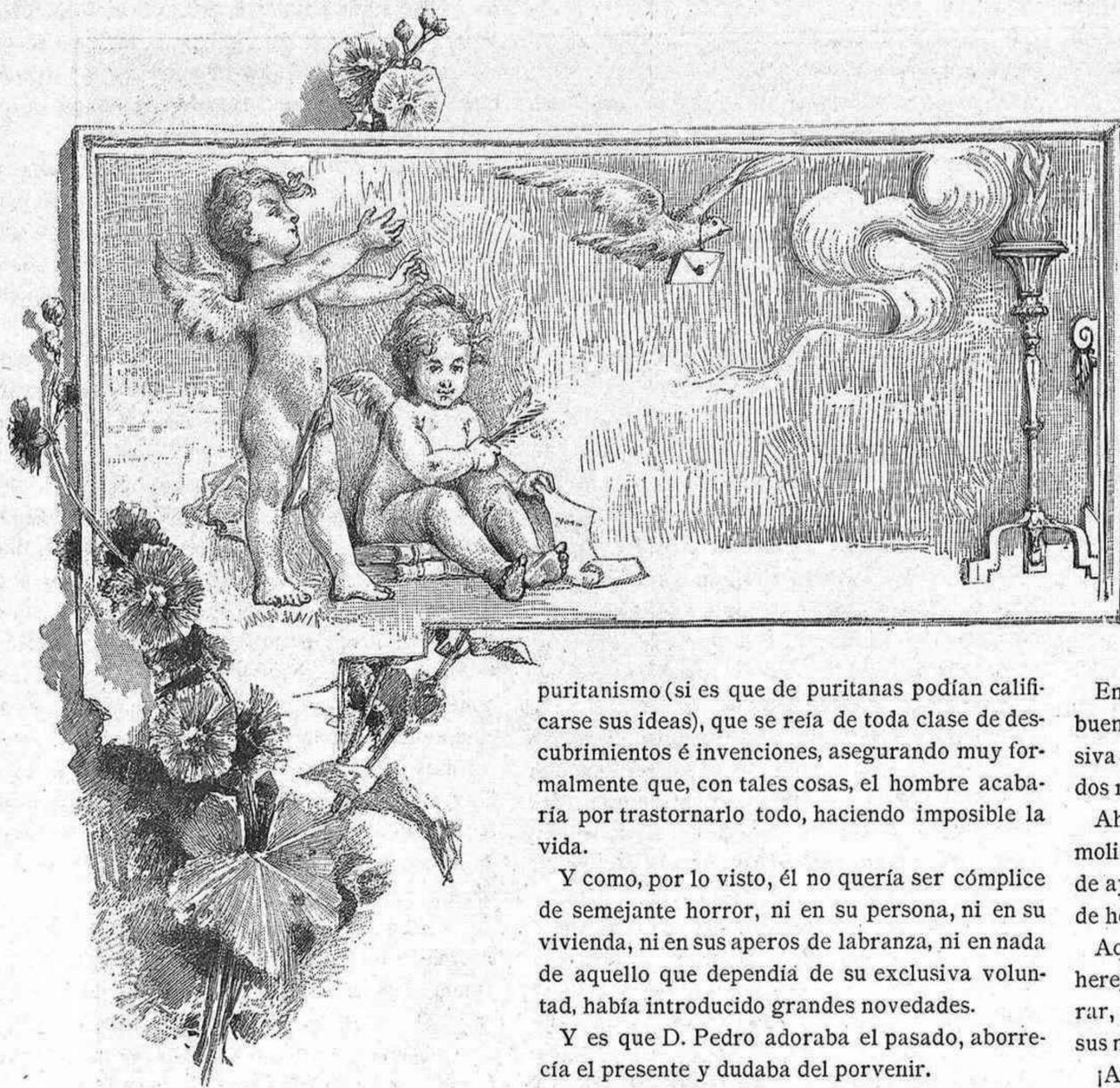




LAS VACACIONES



LOS HUERFANOS



CUENTOS DE NOCHEBUENA

LA RESPUESTA DE PEPÍN

El bueno de D. Pedro no se resignaba.

Una quincena y hasta un mes, cuando las faenas de la sementera ó de la recolección habían terminado, transigía con la vida de la corte, pero á los treinta y dos días, si el mes traía treinta y uno, arreglaba la maleta, tomaba el tren y... al pueblo me vuelvo.

Y no porque el *inabordable* castellano fuese un ogro ó un enemigo de la sociabilidad, que era alegre como repique de castañuelas y amigo, como pocos, de reuniones y tertulias caseras, sino porque, como él decía, ni sus aficiones ni sus costumbres hallaban en Madrid ambiente propicio.

Bien se encontraba, pues, entre sus terrones, y si su hija y su yerno querían ó necesitaban algo, no tenían más que pedirlo, que él se desviviría por complacerlos, como en más de una ocasión lo había demostrado.

Pero pretender que abandonase el pueblo y sentase sus reales en Madrid era pedir peras al olmo.

Bastante había hecho con entregar su hija al *abogadillo* y recorrer el distrito en busca de sufragios cuando aquél le manifestó su deseo de tomar asiento en el Congreso de los diputados.

De ahí no había pasado ni estaba dispuesto á pasar, así tratase de convencerle toda la orden de predicadores.

Esta resolución de D. Pedro se la explicaban su hija y su yerno por la ojeriza que el anciano tenía, si no á Madrid precisamente, á las novedades que en él se implantan y que él difunde.

Porque el escéptico señor llevaba tan lejos su

puritanismo (si es que de puritanas podían calificarse sus ideas), que se reía de toda clase de descubrimientos é invenciones, asegurando muy formalmente que, con tales cosas, el hombre acabaría por trastornarlo todo, haciendo imposible la vida.

Y como, por lo visto, él no quería ser cómplice de semejante horror, ni en su persona, ni en su vivienda, ni en sus aperos de labranza, ni en nada de aquello que dependía de su exclusiva voluntad, había introducido grandes novedades.

Y es que D. Pedro adoraba el pasado, aborrecía el presente y dudaba del porvenir.

Decía pestes de la juventud, á la que calificaba de frívola, hipócrita y egoísta; la negaba toda clase de aptitudes y no tenía en cuenta que la lozanía de las plantas depende en primer término de la bondad de la simiente.

La antítesis de D. Pedro, en toda suerte de ideas, lo era su conterráneo y grande amigo don José, labrador como él y con hacienda no menos cuantiosa y saneada que, amante de todo lo nuevo, no veía en la juventud ni defectos ni vicios.

Por lo que no era de extrañar que sus frecuentes é interminables discusiones degenerasen ordinariamente en disputas.

Pero tanto al uno como al otro se les hubiera podido aplicar aquella copla que Cervantes pone en labios de Monipodio:

“Riñen dos amantes,
hácese la paz,
si el enojo es grande
es el gusto más.”

Porque, al día siguiente de la riña, aparecían más amigos que nunca, pues no era cosa de dar al traste, por palabra más ó menos mortificante, con una amistad engendrada en la infancia y que sólo con la muerte debía terminar.

Pruebas tenía de ello D. Pedro, que era el que más fácilmente se irritaba, pues apenas comunicaba á D. José su decisión de hacer una escapada á la villa y corte, cuando sin previa invitación el segundo se daba por invitado y á Madrid venían y en Madrid era donde reñían sus más empeñados combates.

¡Y con qué demostraciones de regocijo eran recibidos los *lugareños* en casa de la hija de don Pedro!

Soledad y Pepín, particularmente, atronaban la

casa con sus gritos, corrían como locos por los pasillos y se comían á besos á los dos abuelos.

Bien es verdad que éstos, como era el único punto en que coincidían, tomaban bonitamente el desquite, hasta el extremo de resultar más revoltosos y aturridos que los pequeñuelos.

Por Navidad, sobre todo, como la venida de D. Pedro y de D. José era segura, á menos que una causa de fuerza mayor se lo impidiese, aquello, más que casa, parecía una jaula de locos.

Se desencajonaba el nacimiento, se traía musgo nuevo, se reponían las figuras que habían sufrido alguna amputación, y, en cuanto todo estaba corriente y la instalación terminaba, Soledad y Pepín y D. José y D. Pedro entonaban, con acompañamiento de tambores y pande-retas, todo un repertorio de coplas y villancicos.

En cierta ocasión (creo que un día de Nochebuena por la tarde), con motivo de una copla alusiva dirigida á D. Pedro por D. José, armaron los dos rivales una camorra de las de marca mayor.

Ahí era nada, haberle dicho en ripio corriente y moliente que la juventud de hoy valía más que la de ayer y que la de mañana valdría más que la de hoy.

Aquello no sólo constituía un insulto, era una herejía que D. Pedro no estaba dispuesto á tolerar, y le dió ocasión para dirigir á D. José una de sus monsergas favoritas.

¡Ah necio y renegado!—exclamaba—pues siendo viejo pretendes pasarte al campo de la juventud. ¿Qué esperas de ésta que así la encomias y defiendes cuando nadie la ataca? ¿Quién te ha dicho que sea cierto lo que dices y cómo probarás lo que afirmas?

Medrado estás si sientes lo que expresas y prefieres estos tiempos sin poesía á los que de ella estaban saturados. ¿Te ríes, te mofas? Encomia, alaba, glorifica y eleva hasta los cuernos de la luna á esta juventud carcomida, que no tiene fe, ni esperanza, ni caridad; haz todo eso; pero medita luego y dime lo que será la juventud de mañana educada por la de hoy. Oscuros como la habitación en que estamos (no tenían luz y se había hecho de noche) son los tiempos presentes; pues aun más que éstos han de serlo los venideros, á menos que la Providencia no se encargue de iluminar á la niñez.

¿Pero es que ese milagro será posible? ¡La niñez, la juventud! Palabras vacías de sentido que nada dicen aunque suenan bien. Por eso, por eso precisamente no creo en la una ni en la otra. ¿Callas? Pues es que otorgas. ¿No me replicas como otras veces? Pues señal es, y señal cierta, de que no encuentras argumentos que oponer á los míos.

.....
¡Si no me irrita tu sonrisa, ni tu burla me altera! ¡Si no hablo fuerte por el enojo, sino porque me oigas bien!

.....
¿Sigues encerrado en tu mutismo? Yo también callaré; mas no sin repetirte que ni la juventud de hoy ni la de mañana traerán la luz.

Y es fama que apenas había pronunciado don Pedro estas palabras cuando Pepín, que había permanecido quieto y callado como un muerto durante el monólogo, se levantó con precipitación, se dirigió á un ángulo de la estancia, dió vuelta á

una llave, la corriente se estableció, y brillando instantáneamente una docena de bombillas que en forma de lámpara pendían del techo, iluminaron con profusión hasta el último rincón del aposento.

DANIEL COLLADO.

REORGANIZACIÓN SOCIAL

DECRETOS PARA LA «GACETA»

Unificación de la deuda.

Las múltiples cargas que sobre Hacienda pesan; las dificultades de aumentar los tributos y las nuevas deudas creadas á causa de la guerra, hacen necesario consolidar aquéllas en forma tal, que sin gravamen de los productores se afiancen los capitales que se dedicaron al fomento del crédito nacional.

Analizadas las causas que han producido la baja de los valores, el estado de desnivel que existe entre la cotización ordinaria de los mismos y la regularidad que hay en los servicios de la Hacienda cumpliendo normalmente sus compromisos de pago de cupones y amortización de deudas, hace ver bien á las claras que existen aquellos males más por temores infundados de nuevos y desagradables acontecimientos que por falta de capitales y de garantías.

Las diferentes calidades y cualidades de las deudas creadas que teniendo intereses diversos y garantías iguales no guardan armonías, sus cotizaciones denotan claramente este aserto: para obviar este primer inconveniente no hay más procedimiento que la unificación de la deuda, á fin de asegurar al tenedor por igual en todos los valores de la deuda pública el cobro de sus rentas y el reembolso de sus capitales, para lo cual proponemos se decreten los artículos de ley siguientes:

Artículo 1.º Se crea una deuda, que será única, después de la conversión con interés del 3 por 100 anual y amortizable en noventa años por sorteos á la par y en períodos regulares.

Los cupones y amortizaciones de esta nueva deuda serán pagaderos en todas las tesorerías del Reino y en París, Londres, Berlín y Bruselas en cheques, en pesetas, contra el Tesoro central de Madrid.

Art. 2.º Los títulos de la nueva deuda serán:

De 100 pesetas, serie A.	
» 200 » » B.	
» 500 » » C.	
» 1.000 » » D.	
» 2.000 » » E.	
» 5.000 » » F.	
» 10.000 » » G.	
» 50.000 » » H.	

Art. 3.º La nueva deuda estará garantizada por todo el haber del Estado y del Tesoro de la nación y bajo su salvaguardia.

Estos valores tributarán en la misma proporción que las demás riquezas. Serán admitidos como efectivo para fianzas públicas por las dos terceras partes de su valor nominal ó por su valor en Bolsa, no pasando de la par desde que exceda de dichas dos terceras partes.

Art. 4.º La conversión para unificar la deuda se hará en un plazo corto que se señalará oportunamente:

A. Los títulos de la deuda perpetua interior del 4 por 100 recibirán por cada 100 nominales 110 de la nueva deuda.

Los títulos de la misma ley, llamados exterior, recibirán 115 pesetas nominales de la misma nueva deuda por cada 100.

B. La deuda amortizable se cambiará con la nueva al 120 por 100.

D. Todas las deudas creadas por el Ministerio de Ultramar se cambian al 160 por 100.

Este nuevo procedimiento de arreglar la deuda dará un ahorro de 125.000.000 de pesetas, pues se harían los servicios de Hacienda con 244.000.000 de pesetas, siendo así que hoy cuesta 369.000.000 de pesetas.

F. G.

BAUTISMO DE FUEGO

Con un convoy de víveres y rezagados me incorporé al batallón en Valdehuela. Llegamos casi de noche y apenas tuve tiempo de presentarme á los jefes y al capitán de la cuarta compañía, á la que fuí destinado. Encontré algunos condiscípulos míos de promociones anteriores á aquella extraordinaria á la que me había hecho salir de la Academia con anticipación para ir á estrenar mis estrellas en los campo de batalla.

¡Y poco entusiasmado que estaba yo al verme de oficial á los diez y siete años, sin sombra aún de bigote, pero alto y fuerte para mi edad! No era un *pituso*, no, sino un guapo chico (así y algo más decían en mi casa), un arrogante mozo en canuto.

Como no tenía asistente previne al sargento encargado de la compañía, y de orden del capitán, que me enviase uno; pero al que vino le mandé, luego que me ayudó á quitarme los arreos de marcha, que se fuese á dormir, pues aquella noche estaba invitado yo á comer con varios compañeros. La comida fué alegre; en ella, según lo que pude observar, que es costumbre entre nuestros militares, apenas si se habló de la guerra, y eso que la charla llegó á ser animadísima.

A las diez caía rendido en el duro lecho que mi patrona me había proporcionado y de un tirón lo pasé hasta que los agudos sonos de la diana me despertaron. Aun era de noche; en la obscuridad formaban las compañías, pasándoles lista los furrieles á la luz de un farol ó un cabo de vela. Podría trazar el cuadro de ese despertar en campaña, pero algo más interesante es lo que voy á referir.

El caso es que al clarear el día, y después de repartido el café, emprendía el batallón la marcha para unirse en un cruce de caminos próximo á los demás de la brigada y seguir reunidos hasta encontrar más adelante á la otra de la división y con ella, formando ya una columna, emprender el avance decisivo sobre las posiciones enemigas.

A las cinco de la tarde coronábamos una serie de alturas, de las que descendimos, ya desplegados, hasta detenernos á mitad de la ladera. Allí habíamos de acampar las dos brigadas. En aquel momento oímos fuego lejano de cañón, y después, más próximo y hacia el frente, algo de fusilería. Habíase establecido ya, sin duda, el contacto entre nuestra vanguardia y la del enemigo.

El vivac se dispuso en orden concentrado por batallones en masa, toda la división reunida, situándose la Artillería entre las dos brigadas, y á retaguardia, protegiéndola un batallón, la impedimenta. La Caballería y otro batallón se encargaron de los servicios de seguridad.

El terreno, ligeramente ondulado y favorable, por consiguiente, al empleo de las tres armas, exigía estas formaciones. La tropa, racionada para

cuatro días, preparó sus ranchos en las marmitas calderos que para cada grupo de diez hombres llevaba, y mientras los nombrados para tal servicio iban á un arroyo próximo por agua y al soto ribereño por leña, los demás descansaban en grupos, sin entremezclarse las compañías.

La temperatura era agradable (estábamos á fines de Abril) y las tardes ya bastante largas; así es que al toque de retreta y después de la lista hubo un rato de holgorio y guitarreo y cante hasta que sonó el agudísimo punto de *silencio*, quedando sumido en el más profundo todo el vivac.

Los oficiales abandonamos también el corro de conversación ó la timba puesta sobre una manta de tropa á la luz de bujías sacadas de no sé dónde y sujetas en botellas vacías.

Envueltos los soldados en sus mantas y nosotros en los capotes dormimos todos sobre la húmeda hierba, ganándonos reumas para la vejez.

Por la derecha extendíase la línea de fuegos de otros vivacs. Sin duda las demás divisiones acampaban en aquella dirección y la nuestra constituía el ala izquierda del Ejército. Y al frente, unos puntos luminosos muy lejanos, indicaban la situación de los campamentos enemigos.

Antes del toque de diana estábamos ya todos de pie y formadas las compañías. Los jefes habíanlo dispuesto así en previsión de una sorpresa de madrugada, y poco después comenzábamos el avance con relativa lentitud.

A eso de las siete de la mañana empezó el despliegue; á mi batallón tocó permanecer en segunda línea y formar el ala izquierda de la brigada y, por consiguiente, de todo el Ejército. Algunos regimientos de Caballería reforzaban aquel flanco.

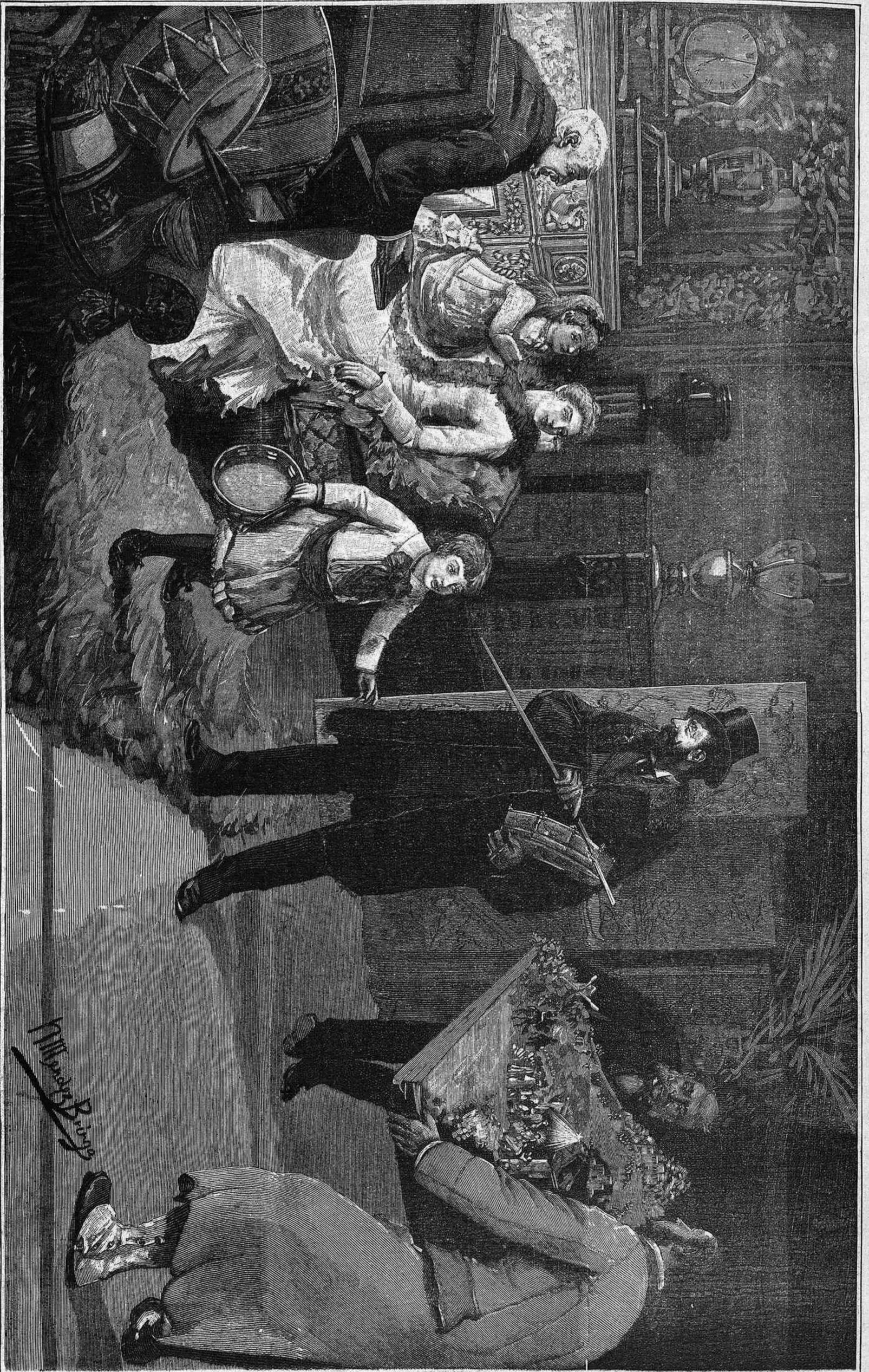
No referiré la serie de movimientos que efectuamos hasta llegar al alcance del cañón enemigo. Estas descripciones aburren mucho á los profanos y nada nuevo dicen á los doctos. El caso es que al cabo de dos horas, por el frente y por la derecha, oíamos un cañoneo terrible, entremezclado con el ruido de la fusilería. Digo que oíamos, y no que veíamos, porque metidos en una hondonada, no descubrían nuestros ojos más horizonte que el formado por las alturas próximas. Sólo el teniente coronel se había adelantado en dirección al frente de combate y sobre una de esas alturas se destacaba su silueta. Junto á él, y cogido á la grupa del caballo, aparecía el cornetín de órdenes.

Nosotros permanecíamos en formación; sentada la tropa en tierra, y de pie, formando grupos, los oficiales.

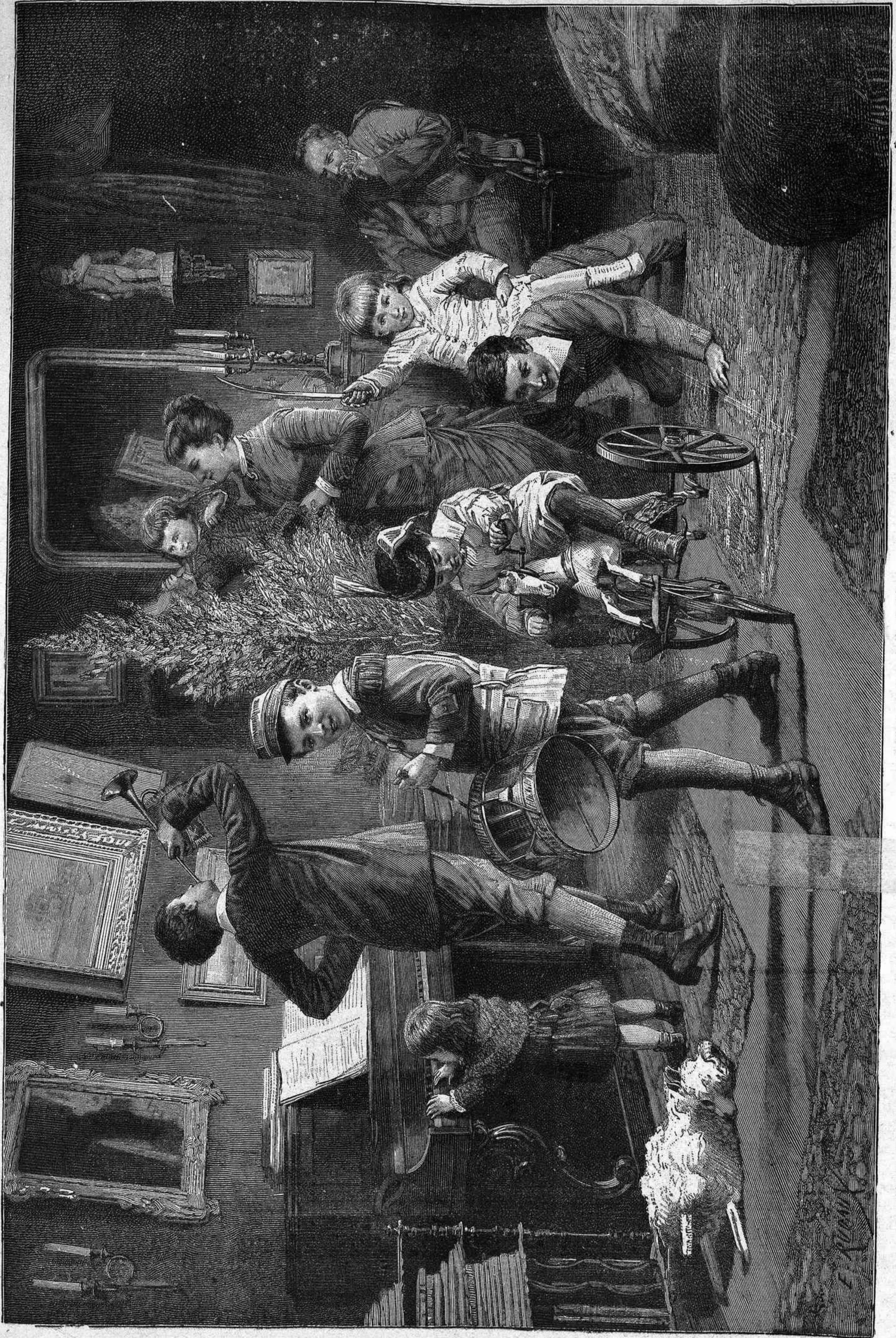
No sé lo que sentirían los demás, pero de mí sé decir que dominábame mucho más curiosidad que temor. Hubiese dado cualquier cosa porque descorriéndose el telón de colinas que nos impedía ver el campo de batalla apareciera éste con todos sus episodios y peligros.

Hablábamos poco; alguno que otro oficial se permitía una chirigota sobre el enemigo y el fuego; no faltó quien propusiese armar la *timba*. Y ya íbamos á mandar á un asistente que tendiese la consabida manta en el suelo para tallar sobre ella, cuando oímos el toque de atención procedente del cornetín de órdenes que estaba con el primer jefe. La tropa se puso de pie y en su lugar descanso, y los oficiales acudimos á nuestros puestos.

Un minuto después tocó marcha el cornetín, y á paso de camino, con el fusil colgado, y en la misma formación de masa que tenía el batallón,



REGALO DE NAVIDAD



DESPUÉS DE LA CENA

comenzamos á trepar la no muy suave ladera de aquella parte para salir de la presión del terreno en que habíamos estado ocultos.

Nos separaban aún unos 200 metros de la cresta cuando el teniente coronel, que venía hacia nosotros, empezó á prevenir en voz natural á cada capitán lo que había de hacer. Y sin voces de mando ni toques de corneta nos desplegamos tres compañías en orden de combate, quedando una de reserva.

Al llegar los tiradores á lo alto de la colina nos detuvimos, se les ordenó que se echasen en tierra y resultó, tendida así, una línea de ellos sobre aquella posición. A retaguardia fueron deteniéndose las reservas parciales.

Me pareció que habíamos hecho un cambio de frente quedando en dirección casi perpendicular á la de antes; pero como aunque estaba de pie y en la misma línea de guerrillas no podía ver más que á vanguardia el terreno pedregoso de la colina, en cuya falda había una arboleda; á retaguardia y á unos 60 metros la reserva parcial de mi compañía, y por los flancos unos quince ó veinte hombres, tendidos en tierra y ojo avizor, y no pude formarme idea exacta de la situación que ocupábamos.

Se oía fuego de cañón á la otra parte de unos cerros hacia nuestra derecha, y de fusilería allá por el fondo de los barrancos. Pero no se veían tropas nuestras ni enemigas, ni siquiera nubecillas de humo, ni nada que nos revelase el curso de la batalla.

De pronto, sin embargo, entre la masa gris verdosa de un montecillo cubierto de vegetación que había á más de kilómetro y medio de nuestras posiciones, brilló un fogonazo, luego otro y así muchos más en poco tiempo. Casi á la vez y á corta distancia nuestra sonó un violento estampido. Volví la cabeza y vi que allí muy cerca de nosotros habíase establecido una batería.

No era posible divisar las piezas, pero sí, algo detrás y hacia la hondonada donde estuvimos ocultos, los carros y arzones cubiertos así del fuego enemigo.

No puedo precisar cuánto duró el combate de Artillería, ni las veces que me estremecí y bajé la cabeza al oír silbar estridentemente las granadas enemigas, que por fortuna, al menos donde yo estaba, no produjeron el menor daño. La batería hubo de recibir alguna, pues cambió de lugar y al seguir el fuego parecióme que lo hacía con menos vigor. Tal vez era efecto de la distancia.

En la arboleda vecina comenzaron á disparar contra nosotros algunos tiradores enemigos, y recibí orden de contestarles. Lo estaba deseando mi gente, así es que, á pesar de prevenirles que tirasen á discreción, sonó una descarga, pues dispararon todos á un tiempo. Mas aunque nos hallábamos dentro del alcance del fusil moderno era tan poco preciso el fuego de nuestros contrarios que no sufríamos bajas. Probablemente sucedía lo mismo con el nuestro.

La cosa iba haciéndose ya pesada; vi que un soldado de los míos no tiraba, y al acercarme á averiguar si no tenía municiones, observé que permanecía inmóvil. ¡Muerto sin duda!

Sentí miedo, mucho miedo, y en el acto mucho coraje. Sí, aquello era la guerra, no una función como la que se estuvo representando hasta entonces. Poco después un sargento, que se había puesto de pie para hacer no sé qué advertencia á los soldados, cayó pesadamente al suelo. Cinco minutos más tarde un soldadito, que estaba casi junto

á mí, soltó un terno redondo y castizo, y le contemplé que, incorporándose algo, se sentaba en tierra y con el pañuelo envolvíase la mano izquierda. —¡Anda á curarte!—le dije—Se me quedó mirando y me replicó: —¿Pa qué? ¡Si *pueo* tirar, mi *tiniente!*—y volviendo á tenderse apuntó con la carabina é hizo fuego. ¡Así son!

Oí pasos á retaguardia; eran las reservas que venían á entrar en línea; continuaba el fuego. Dos ó tres detonaciones secas, muy próximas, y nubes de polvo nos enteraron de que caían granadas del enemigo en la posición, de aquel enemigo casi invisible.

Deseábamos ó que avanzase él ó atacar nosotros. Por un instante pareció que iba á suceder lo primero. En la linde de la arboleda aparecieron hombres. ¿Se atreverían á subir el repecho que de ellos nos separaba, barrido por nuestra fusilería? Para demostrarles su locura arreciamos el fuego y ocultáronse otra vez en el bosque, sobre el cual cayeron casi en el acto cinco ó seis granadas de nuestra artillería, y sin duda debió esto hacerles retirar de allí, pues cesaron el fuego sus tiradores. Sólo las piezas del cerrillo continuaban disparando.

Recibimos entonces orden de que avanzasen dos compañías. Marcharon la segunda y la tercera, quedando la cuarta, que era la mía, en la posición. Aquéllas, al llegar á la arboleda, rompieron nuevamente el fuego, pero éste cesó á poco; también acabó el de la batería contraria y el de la nuestra. Obscurecía ya y sólo á lo lejos oíase alguno que otro cañonazo y tal cual descarga de fusilería.

Bajamos también la primera y la cuarta á la arboleda y allí vimos algunos muertos enemigos; el batallón formó en masa y dispúsose á vivaquear. Los otros de la brigada fueron llegando también.

Se pasó lista, y yo, que estaba de semana, fuí á darle el parte al capitán. ¡Faltaban de la compañía 27 hombres! 27 de los 141 que la formaban. ¿Muertos? ¿Heridos? De todo había, pero era imposible saber con exactitud entonces el número de unos y otros.

Al buscar al capitán no le encontré. En la ambulancia estará—me dijeron—fué á curarse. También faltaba el teniente Rubio. ¡Pobre muchacho! Ese había muerto. No le vi caer...

¿De modo que aquello había sido una batalla formal? Aquel tiroteo de guerrillas, sin episodios dramáticos, sin combates al arma blanca; aquella lotería de la muerte en que tocaron tres ó cuatro premios á los 15 ó 20 hombres que tuve á la vista y 27 á la compañía entera y 98 al batallón y más de 6.000 á todo el ejército de 50.000 que venció al enemigo.

Porque también era una victoria lograda por el talento de nuestro general, que supo servirse admirablemente de los elementos de que disponía.

Así nuestro batallón, colocado en aquel lugar del tablero, fué movido cuando se hizo necesario para rechazar el ataque de flanco que el enemigo iniciara. Y sus fuegos, y los de la batería allí situada, constituyeron un factor metódicamente calculado de aquel problema militar cuya resolución produjo el triunfo de nuestras armas.

Entonces comprendí, ó comencé á comprender, lo que es la guerra moderna ó, por lo menos, lo que debe ser.

JUAN LAPOLIDE.



¡EL ECO MIENTE!

Con alegría sin par
retorna Juan de la guerra
pensando á su novia hallar
más amante que al dejar,
hace tres años, la tierra.

El licenciado camina
llevando al hombro el hatillo;
al ocaso el sol camina
y ardiente rayo ilumina
su rostro franco y sencillo.

No avanza tanto su paso
como su deseo avanza;
y, ya de fuerzas escaso,
deja el monte, sale al raso
y ve un pueblo en lontananza
Dilátasele el semblante
de su alegría al calor;
y parándose un instante
al pie de un cerro gigante
exclama:—“¡Allí está mi amor!”

¡Allí impaciente me espera
la que es vida de mi vida!
—Mas el eco á esta postrera
frase, con voz lastimera
repite triste: ¡Perdida!

—Al oírlo grita el soldado:
“¿Quién insulta á mi adorada?”
—Y en el peñasco agrietado
se escucha un rumor formado
por burlona carcajada.

Lívido Juan el semblante
dice:—“¡Quien la ofenda, miente!,
y echa el sendero adelante,
mientras con tono vibrante
el eco repite:—¡Ente!...

.....
Llegó el soldado al lugar
y á su novia no encontró,
sólo pudo averiguar
que dos años ha partió
y aun no la han visto tornar.

Con desengaño tan cruel
á Juan faltóle bien poco
para morir por la infiel;
mas de su dolor la hiel
hizo más, le volvió loco.
Su pacífica manía
solamente consistía
en andar triste vagando
de pueblo en pueblo, buscando
á la ingrata noche y día.

Y nuevo Judío errante
gritaba con tono seco
y descompuesto el semblante,
asustando al caminante:
“¡Mintió el eco! ¡Mintió el eco!...”

Mas á la corte al llegar
enfermo, casi sin vida,
por una calle al cruzar
logró á su amada encontrar,
pero la encontró *perdida*.

Y á la pena sucumbiendo
que le asaltó de repente,
gritaba aun, triste, muriendo,
con frenesí repitiendo:
—“¡No es verdad, el eco miente!,

LUIS BONAFÓS.



EL GLOBO

Es una tontería lo que voy á contar, quién lo duda, y, sin embargo, ¡cuántas veces he pensado en ello!... ¡Cuántos globos han ascendido rápidamente de mi vista desde entonces para desaparecer en las honduras del desengaño ó en las alturas de lo imposible!...

Era una hermosísima mañana de Mayo.. ¡Cuánta luz, cuánta alegría por todas partes! No hay más bello que el de las flores.

Quien quiera ver animación y halagar la vista, el olfato y el oído á la par, tendrá con creces satisfacción su deseo, si en una mañana de primavera va á pasearse por la *Rambla de las Flores* de nuestra ciudad condal, de la populosa Barcelona. En ambos lados ostentan sus copudas ramas los *castaños de Indias*, que, con su tupido follaje y sus hojas, parecidas á grandes pámpanas, forman una espesa bóveda, donde el radiante Febo no logra, por audaz que sea, penetrar.

Bajo esta bóveda, flores en profusión asombrosa adornan artística y caprichosamente unas mesas allí colocadas. Se confunden en graciosa amalgama las aristocráticas peonías y camelias con la humilde margarita y el pudoroso *no me olvides*. Tulipanes, jacintos, claveles reventones de diversos y vivos matices, resedas, rosas, nardos, gardenias, azucenas, geráneos dobles ó sencillos, sonrosados ó grana, que parecen talmente flores de coral. ¡Cuántos aromas, confundidos en uno solo, que satura el ambiente, introduciéndose en nuestro ser y haciéndole soñar en el primitivo Edén! ..

Mucha gente de todas clases y categorías se pasea por tan delicioso sitio.

La aristocrática dama descendiente de los ilustres Urgell, Montagut ó Moncada, que dejó el coche para entrar con gran ascetismo á la iglesia de Bethleen y que al salir compra las más escogidas flores, mientras que los gomosos, que abundan en todas partes, la persiguen con miradas insinuantes; la modistilla pizpireta, tipo monísimo, que donde existe es siempre el mismo, primorosamente vestida con su pañolito de seda en la cabeza festoneado y de los más vivos colores, que por muy vivos que sean no logran apagar los que brillan en su carita sonrosada.

La *payesa*, que aun existe á pesar de ir desapareciendo, por desgracia, todo lo típico, lo genial y lo característico; el *payés* con su *barretina*, ya morada, negra ó bermeja, según sea su provincia.

La Rambla, que es una sola, larga y seguida, tiene, sin embargo, muchos nombres para designar los diferentes trozos de ella, y así, donde está hoy la gran estatua de Colón, frente al mar, para consuelo del no menos grande navegante genovés, se la conoce por *Rambla de Santa Mónica*, pues allí se halla situada la iglesia de este nombre; sigue la del *Centro* (excuso decir á ustedes por qué la llamarán así) y luego viene la de las *Flores* é inmediatamente la de los *Pájaros* por estar en ella el mercado de éstos.

A docenas se encuentran allí los pintados jilguerillos; los verdoles, en no menor abundancia; el canario holandés, tan amarillo y esbelto; el de la tierra, menos fino, pero más fuerte y de buenos pulmones; el cardenal con su cresta encarnada, que le asemeja á un gallo en miniatura; el pájaro

mosca, diminuto y pizpireto; la mariposa; las viudas con su grande y enlutada cola; los periquitos, siempre emparejados y verdes de todos los matices; el loro del Brasil, el de Veracruz..., en fin, una algarabía y todos charlando ó cantando y bendiciendo al Sumo Hacedor con sus *arpadas lenguas*, como dijo Cervantes!

Vendedores con muchas y distintas mercancías pregónándolas á grandes voces...

Por allí andábamos mi padre y un *servidor de ustedes*, que tenía las manos llenas de preciosos *bibelots* comprados aquella mañana, de flores olorosas que llevábamos á mamá y apenas si podía con carga tan pesada aunque no enojosa, cuando pasó una vendedora ambulante con infinidad de globos azules y encarnados, que se elevaban contoneándose, manifestando con su *contoneo vanidoso* el aire de que estaban henchidos.

—Cómprame uno—dije á papá.

—¿Cuál quieres?—fué su contestación.

—Este.

Y ya tenía yo cogido el cordelito que en su extremidad superior sujetaba uno de los globos rojos, pues los de este color eran para mí los más bonitos. Pagó papá y seguimos andando Rambla abajo.

Como yo no podía con los muchos objetos que llenaban mis manos, mi padre quiso ayudarme cogiendo alguno, pero con esa tenacidad peculiar de los chiquillos, y más si están mimados, no quise consentirlo y seguí llevándolo todo.

¡Qué gusto, pensaba entre mí, llegar á casa y enseñarles tantas cosas á mis hermanitos...! Por ser día festivo, vendrían algunos amiguitos á jugar y entonces yo me recrearía con ellos, ¡á todos les daría dulces, juguetes... pero el globo no, éste para mí sólo...! Yo presentía en él algo etéreo... ¡como que tendía á elevarse...!

Pensando en esto iba cuando, por desgracia, acertó á pasar por mi lado un chiquillo corriendo á todo correr; tropieza conmigo y se me caen la mayor parte de los objetos, enrédase un botón de su chaqueta en el hilo de mi globo, que se rompe, y... ¡adiós mi juguete predilecto, escápaseme, ascendiendo con más rapidez que corría el chicuelo causante de tamaña catástrofe!... En menos tiempo del que lo cuento, desapareció de mis estupefactos ojos aquel globo que era todo mi encanto!...

Me eché á llorar, y papá ofreció comprarme otro el domingo siguiente, pues era muy tarde y



Paisaje de invierno.

no quería desandar lo andado, máxime cuando volvíamos con bastante retraso para comer, cosa poco común en mi casa, donde todo solía hacerse con suma puntualidad.

Me conformé, pues con papá no valían réplicas, y quizás ó sin quizás esta fué la primera amargura de mi vida.

Quedó, por lo mismo, tan impresa en mi alma, que posteriormente, cuando he visto desaparecer alguna halagüeña esperanza, me he acordado en seguida de mi primer globo, ó sea el que me proporcionó mi primer desencanto.

El primero que se escapó de mis manecitas (¡qué manecitas tenía entonces!) era insignificante y podía sustituirse con otros; los que posteriormente se me han escapado han sido insustituibles. El primero fué de esos que venden por las calles á bien corto precio y no tienen más nombre que el de globos de hidrógeno; los otros á que me refiero han costado muchísimo y han tenido nombres tan significativos como la ilusión, el amor, la paz y la alegría... esas venturas que son tan raras en la vida y tras las que corremos como locos y desatentados sin que, por regla general, logremos alcanzarlas.

¿Cómo, pues, no había de causarme impresión profunda la pérdida del globo de mi ilusión?

ELIAS SALVADOR.



ERUDITOS Y ORADORES

Nosotros tenemos en gran predicamento á eruditos y oradores y llamamos sabio al hombre que recuerda muchas cosas, y *genio*, ó gran talento, á quien habla con brillantez y facilidad.

Esto demuestra nuestra ignorancia en materias psicológicas y lo propensa que es la raza española á dejarse guiar por la imaginación, á no razonar sus impresiones, á tomar sin examen los juicios ajenos, cuando están bien presentados, y á satisfacerse de brillantes apariencias sin penetrar en el fondo de las cosas.

como para apreciar la pesantez ó la extensión de un cuerpo hace falta una unidad que nos sirva de medida, y después un buen medidor que sepa aplicar la unidad exactamente las veces necesarias.

Comparando psicológicamente los hombres con los animales, vemos que la memoria es facultad *más común* á unos y á otros que el entendimiento; vemos también que la memoria se desarrolla en el hombre antes que la razón, y la experiencia nos demuestra que es más fácil recordar que discurrir y operación más frecuente y vulgar.

Podríamos demostrar también que la voluntad vale más que la razón, porque es facultad propia y exclusiva del hombre y porque la vida es acción y la voluntad es generadora de toda acción.

cesos. A pesar de esto llamamos sabios á los eruditos, no sabemos distinguir á unos de otros, y somos tan cándidos que admiramos á esos almacenes de ideas ajenas que no suelen tener ninguna propia.

Respecto de la oratoria aun es más grave y trascendente el error establecido por la costumbre y por las banderías ó cuadrillas políticas.

A todo el que habla con arte le suponemos gran inteligencia, cuando precisamente hay que sacar la conclusión contraria.

Una idea, un juicio ó un razonamiento pueden ser operaciones rápidas de la inteligencia; pero una serie de razonamientos lógicos encaminados á una solución concreta suponen labor detenida y



Para el señor cura.

O somos crédulos é impresionables hasta la cándidez ó escépticos hasta el embrutecimiento.

Todo ello no es más que falta de educación; pero volviendo al tema propuesto digo que ni son sabios los eruditos ni tienen *ni pueden tener* talento los oradores *á la española*, es decir, los de verbosidad exuberante y metáfora contundente.

Al hombre que cita muchos autores, que á cada momento expone opiniones ajenas y que discute lo mismo en materia de arte que de ciencia, como si hubiera hecho de todo ello estudios prolijos, habrá que alabarle la memoria, pero no basta eso para reconocerle entendimiento.

Para graduar á los hombres psicológicamente y concederles más ó menos valor intelectual es necesario, ante todo, saber qué facultades del alma son las que más valen, es preciso que tengamos un ideal psicológico, un tipo de comparación;

De todo lo cual se desprende que la memoria es cobre, la razón plata y la voluntad oro.

Indudablemente el erudito no es más que un hombre que cultiva su memoria, en el cual vale más la virtud que supone el trabajo de estudiar que el estudio mismo, porque el estudio no es un fin, sino un medio de la inteligencia para producir el bien, la verdad ó la belleza, y el erudito convierte en un fin el conocimiento de las cosas.

De suerte que á los hombres no hay que considerarlos por lo que sepan, sino por lo que hagan; y en España sucede que cultivamos sólo la memoria de nuestros hijos y que luego les admiramos por la abundancia de ella.

Saber es prever; saber es juzgar acertadamente de las cosas para favorecer con ellas los fines generales de la vida; saber es una labor concreta, útil y práctica, y no una estúpida conservación de datos ni una recitación pueril de nombres y su-

meditación profunda incompatibles con toda improvisación. Pudieran los oradores llevar sus discursos aprendidos de memoria después de largas reflexiones, pero esto no sucede así; en primer lugar, porque los accidentes y los percances del debate reclaman la improvisación; y en segundo lugar, porque el interés artístico y *el efecto* superan siempre en los oradores al rigor lógico que necesariamente lleva consigo la monotonía y la frialdad del razonamiento matemático.

La cantidad de atención necesaria para seguir un orden lógico es mucho mayor que para apreciar una expresión imaginativa; y á mayor cantidad de atención mayor fatiga en el auditorio, y como el cansancio trae consigo la frialdad y es en absoluto contrario al entusiasmo, de aquí que los oradores se valgan siempre de expresiones imaginativas que despiertan el sentimiento y fatigan poco la atención, quedándoles siempre al audito-

río dispuesto á impresionarse y á dejarse guiar por los afectos.

Además de que esto es lo más conveniente es también lo más fácil, porque imaginar es mucho más rudimentario y de menos esfuerzo psicológico que discurrir; prueba de ello es que lo primero que se desarrolla en el niño es la memoria imaginativa y la imaginación; de todo lo cual se desprende que los oradores son hombres que desarrollan la imaginación más que la razón.

Ahora bien; uno de los principios fundamentales de la psicología moderna es que el desarrollo excesivo de una facultad, y aun de una función, se verifica á expensas de las otras facultades y de las otras funciones, de suerte que el desarrollo de la imaginación es á costa del juicio, del raciocinio, de la reflexión; en una palabra, de las facultades esenciales del alma, y de aquí se deduce que los oradores, en virtud de su desarrollo imaginativo, son seres desequilibrados y anómalos, ó, por lo menos, faltos de talento, puesto que el talento es el equilibrio y la armonía de las facultades y operaciones del alma.

A estos hombres irreflexivos ha llamado nuestra Prensa, que es tan irreflexiva como ellos, grandes talentos, sabios y *excepcionales*, y unos por seguir la opinión y tomarla hecha, otros porque se dejan deslumbrar por la *borrachera imaginativa*, algunos por no discutir y oponerse á la corriente y muchísimos por no saber de psicología más que la muy rutinaria y pésima que da el *embrutecimiento* oficial en los institutos, han creído todos que la Prensa ha dicho la verdad y que los oradores son grandes hombres hasta que el raciocinio y los hechos han venido á demostrarnos lo contrario.

RAFAEL TORROMÉ.



Á la primera jugada.

En tal día como hoy...

—En tal día como hoy devoramos en secreto el besugo conyugal, y en tales días como mañana y pasado, y aun en el otro, jugueteamos con el pavo doméstico.

—¡Pobres animales!

—¿Ellos ó nosotros?

—*Dambos*, Nicolás.

—Parece que fué ayer y ha transcurrido un año. Un año fuera del tiesto ó fuera de nómina es un siglo... bisiesto.

—¿Bisiesto?

—Sí, mujer; quiere decir que tiene un año más que los ordinarios.

—Nadie se acuerda de nosotros seguramente.

—Sí, se acuerdan, desgraciadamente, el casero, el tendero...

—¡Tiempos felices! ¡Cuando nos mandaban *orsequios* en estos días!

—Como que éramos alguien en consumos y ahora nada.

—Y gracias á que la Naturaleza no nos da besugos naturales, que si nos viéramos con seis ó siete...

—¡Seis chiquillos! Antes te lleve Dios.

—O á ti. ¿Te acuerdas del par de capones vascuences que te envió aquel don Tomé?

—¿El del almacén de ultramarinos?

—¡Qué animales tan hermosos, sin agraviar á nadie!

—Y la lubina de la tendera, qué buena moza era, ¿eh?

—¿La lubina?

—La tendera. Luego que toda la que da algo parece mejor moza que la que no da.

—Y en estos días es cuando más se nota la falta de relaciones buenas.

—Y la falta de besugo y de pavo. Ya ves, en un día de Julio, por ejemplo, no se echa de menos el besugo.

—Estamos solos, Isidro.

—Solos del todo, no; con sardinas y ensalada de escarola. La Nochebuena es noche de vigilia.

—Quitarle á este pueblo la misa del gallo ha sido lo mismo que quitarle la cabeza.

—No diré tanto, pero algo del derecho de las gentes sí.

—Que lo digas, Jeromo; que sus reuniones, es un suponer, seis, ú ocho, ú nueve, ú más personas de buen humor, y uno con pandero, y otro con lata, y otro con almirez y



Sport infantil.

alguno con tambor, y venga de villancicos y de juerga hasta el día casi.

—Y se divertía uno.

—Uno y más que fueran.

—Era un noturno alegre; entrabas en una iglesia y ¡gachó, qué algazara!

—Pues mira, por esas cosas vienen luego otras, que los pueblos se echan pa atrás y no van á ninguna parte.

—¡Digo! En semejante noche nos llevaron á la delegación el año pasado al Merejes y á mí por armar una bronca en un establecimiento de la calle de Alcalá.

—Cosas de aquel.

—Ya sabes el vino que tiene, que en cuanto bebe unas copas...

—Ya tiene la bofetá encima; no se pierde una.

—¿Pero es valiente, ¿verdad? En su clase...

—Valiente marrano.

—Pues mira, nos divertimos á pesar de todo.

—Se divierte uno mucho en la delegación y en la cueva del Gobierno civil.

—¿Y esta noche? Ya tú ves si nos aburrimos; parece que nos falta algo.

—Ya lo creo, como que no tenemos una peseta. Estamos como si nos faltara... hasta el Gobierno.

—Este Lhardy me tiene á mí ya hasta aquí y me parece que el día menos pensado...

—¿Pero qué te ha hecho, hombre?

—¿Ves ese escaparate? Es un desafío á las clases menos ó nada acomodadas. Es un reto á la pobreza... una injuria.

Un caballero sólo se detiene para contemplar tanta belleza en el escaparate, y, hablando sólo, exclama:

—Magnífico nacimiento.

En estas fiestas de Navidad es cuando más se advierte la falta de personas queridas.

Y particularmente en la cena de Nochebuena. Es la solemnidad de la familia; todo lo contrario que el Carnaval.

Parece que falta alguien, algunos muertos.

—Allí se sentaba padre... allí madre... allí nuestro abuelito...

¡Qué cena tan triste si no se encargan de alegrarla los pequeños, que son los encargados de borrar lo que fué y lo que es.

Traen el regocijo y la felicidad... no se sabe de dónde.

Pero es verdad que ellos saturan la atmósfera de olvido y de alegría.

Son las notas de color en la familia.

Y este año, como el pasado, como el anterior, como hace tres años, falta más gente, mucha gente.

Nunca los lloraremos bastante.

De algunos muertos no se olvidan jamás los vivos.

Otros asisten á la cena en familia.

Pero como espectadores, desde un punto de mira que se asemeja mucho al de la tumba.

Así los devuelve la guerra.

—En tal día como hoy perdí esta pierna.

—En tal día como hoy ascendí á capitán.

—En tal día como hoy perdí la vista.

—Pero eso no te evitará el ver cuanto te quiero, papá mío.

—¡No, hija, no; es una compensación; los ciegos vemos mucho por dentro!

—¡Pasar un año esperando el gordo para esto!

—¿Había usted jugado?

—No soy de esos, caballero; soy un hombre serio.

—¿Pues qué gordo esperaba usted?

—El trueno gordo.

EDUARDO DE PALACIO.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La importante librería editorial de los señores Bailly-Bailliére é Hijos ha puesto á la venta la *Agenda de Bufete para 1899*, de cuya obra nos ha sido remitido un ejemplar, el cual hemos tenido el gusto de examinar, encontrando en ella datos sumamente preciosos é interesantes, á más del excelente papel é impresión.

Por nuestra parte, reconociendo su verdadero mérito y los importantes servicios que á todos puede prestar, la recomendamos con sumo gusto á nuestros lectores.

Se halla de venta en las librerías, establecimientos de objetos de escritorio y bazares de España y América.

La misma casa nos ha remitido un libro que no dudamos llamará una vez más la atención, especialmente de nuestras lectoras, por lo necesario que es y gran utilidad que en sí encierra.

Su nombre es *Agenda Culinaria*; su objeto sacar de dudas al ama de casa en la elección de comidas, dándola á conocer la manera de variar el *menú*, para no hacerlo pesado á fuerza de repetirlo, sin excederse en el gasto diario.

La *Agenda Culinaria* da para cada día una minuta de almuerzo y otra de comida, escogidas con relación al tiempo y dignas de satisfacer todos los gustos y aficiones, pues por medio de consultas y observaciones hechas en las diferentes provincias de España ha conseguido reunir para este libro recetas de los platos que son una especialidad en todas ellas. Análogo procedimiento han seguido respecto á la cocina francesa, por lo que figuran en el libro multitud de recetas que, llevadas á la práctica, son dignas de figurar en las más aristocráticas mesas.

En todo lo expuesto en la *Agenda Culinaria*, los editores han conseguido armonizar el más exquisito gusto y la mayor economía.

Además de estas minutas ó recetas, más que suficientes para asegurarle un gran éxito, la *Agenda Culinaria* contiene para cada día un espacio

en blanco á fin de anotar los gastos diarios de comida.

El precio de esta *Agenda*, que contiene un número grandísimo de recetas y minutas culinarias, es sumamente reducido, pues se vende encartada al precio de 2 pesetas en Madrid y de 2,50 en provincias.

EL DISFRAZ DE LOS PILLOS

FABULILLA

En un corral vivían dos pavos muy á gusto, poniéndose muy gordos porque comían mucho. Llegó un día á una tapia, saltando como pudo, de otro corral vecino, un polluelo flacucho, hambriento y miserable y, después de un saludo les dijo:—Ya que os sobra tanto, mientras yo ayuno, ¿me permitís que baje y coma unos minutos? ¿Seréis tan compasivos? ¿Me daréis ese gusto? Vamos, decidme... ¿bajo?... Callaron los muy tunos y á su corral volvióse el pollo, con disgusto, contando lo ocurrido á un compañero suyo: —¿Has visto esos imbéciles? —exclamó—ni al saludo me han contestado. ¡Necios!, ¡ignorantes!, ¡estúpidos!, ¡Al fin pavos!... Y el otro pollo, que era muy ducho, le replicó:—Inocente, no conoces el mundo. ¡Hay quien se finje memo, pero resulta cuco!

José Rodao.

Segovia.



REVISTA DE TEATROS

La última decena teatral no se ha distinguido por sus novedades, cosa que no es de extrañar, pues ya es sabido que en esta época del año las empresas se las reservan para las fiestas de Pascua.

Durante éstas se estrenarán algunas obras de circunstancias, y á la hora en que escribimos esta revista ya las anuncian la Comedia y Lara, prometiéndoselas muy felices.

En el próximo número daremos cuenta detallada de los estrenos que se verifiquen; entre tanto nos ocuparemos de lo único que en estos últimos días ha logrado fijar la atención del público.

ROMEA

Jackson Veyan, el autor inagotable, ha proporcionado á Loreto Prado un nuevo triunfo.

Niña Rosa se titula la nueva producción del fecundo autor, y es un lindo juguete dialogado con la facilidad y la gracia que tanto distinguen al Sr. Jackson.

La obra obtuvo un éxito por extremo lisonjero, y dió ocasión, como ya hemos dicho, á que Loreto Prado demostrara una vez más que en punto á naturalidad y gracia no hay quien la iguale.

Chicote y Posac cumplieron también como buenos, escuchando muchos aplausos.

La música de *Niña Rosa*, original de los maestros Rubio y Esteliés, es muy agradable, y fueron repetidos cuatro de los cinco números de que consta la partitura.

A la terminación del juguete autores y actores merecieron los honores del proscenio, pudiendo asegurarse que *Niña Rosa* figurará muchas noches en el cartel de Romea.

PARISH

BENEFICIO DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA

Decir que el teatro estaba de bote en bote en la noche del último sábado sería repetir lo que todos saben, pues nadie ignora que en todas las funciones organizadas á beneficio de la Asociación de la Prensa el público se disputa con verdadero empeño las localidades.

Se puso en escena el cada día más celebrado drama lírico de Dicenta, Paso y Chapí, *Curro Vargas*, y el público saboreó con verdadero deleite así los hermosos versos del libro como las inspiradas melodías de la partitura.

La ejecución, con haber sido tan notabilísima desde la noche del estreno, lo fué mucho más en la del sábado.

La Ortega, la Bárcenas, la Galán y la Navarro, así como Simonetti, Soler, Bueno, García Soler y Gamero, pusieron especial empeño en la interpretación de sus respectivos papeles, resultando,

tanto en conjunto como en detalle, el mejor *Curro Vargas* que hasta esa noche se había cantado.

Autores y artistas fueron ruidosamente aplaudidos en el transcurso de la representación y al final de la misma.

Como estaba anunciado, el joven compositor y notable pianista Sr. Granados ejecutó al piano tres obras de su composición y consiguió un triunfo completo.

La *Danza valenciana*, la *Jota de "Miel de la Alcarria"*, y el *Impromptu* son tres composiciones bellísimas, que fueron interpretadas por su autor con una maestría que excedió á toda ponderación.

Puso término á tan agradable velada el eminente barítono Sr. Puiggener cantando de un modo delicioso dos romanzas de *Tannhauser*, en las que demostró una vez más ser un cantante notabilísimo, y así se lo hizo saber el público, aunque él no lo ignora, aplaudiéndole ruidosamente.

En suma: una noche deliciosa para los espectadores, para los intérpretes de las obras, para los autores, y, sobre todo, para la Asociación de la Prensa.

EL DÓMINE LUCAS.

EN TINIEBLAS

Al inspiradísimo poeta Pedro Barrantes.

I

Aun recuerdo las noches del invierno
tranquilas de mi hogar;
mi madre, con acento siempre tierno,
me enseñaba á rezar,
y al par que en los cristales se estrellaba
furioso el aquilón,
besándome en la frente me decía
con temblorosa voz:
—Cree en Dios Padre, hijo mío, nunca olvides
que Él te puede ayudar

en esas cruentas mundanales lides
que tienes que librar.
Y si acaso tu espíritu vencido
amengua este fervor,
recuerda que Él es Dios y que tú has sido
un pobre pecador.
Entonces yo, notando en noche oscura
bellós rayos de luz,
miraba absorto, con mirada pura,
la redentora Cruz.
Henchido de fervor, le respondía:
—Siempre estará Él en mí.
Mi madre me besaba y repetía.
—Así te quiero, así.

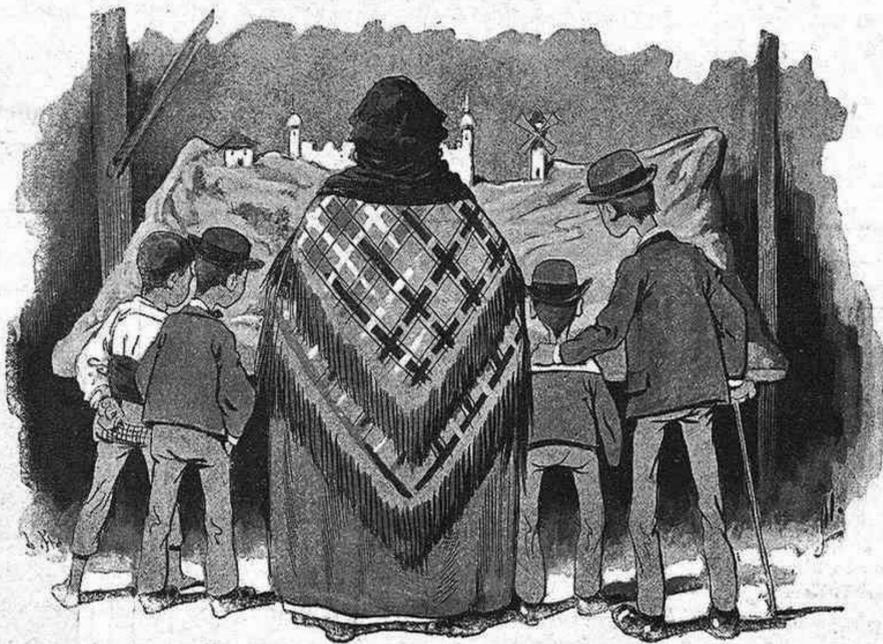
II

Mas el tiempo veloz ha transcurrido,
matando mi ilusión
los muchos desengaños que han herido
de muerte el corazón.
Encenegado al fin en lo mundano
me empecé á corromper,
pues sentía en el pecho ya el gusano
de la duda roer.
La soberbia, en el hombre incontrastable,
me ostigó sin cesar,
y el arcano más grande é inexplorable
pretendía explorar.
Quise saber á impulso de qué ardía
la antorcha de mi fe,
y tanto con su llama jugué un día
que la luz apagué.
¡Cuanto de más altura es la caída
mayor la conmoción!
Hoy á obscuras camino por la vida,
cual nave sin timón.
Muchos, cual yo, buscaron en la esencia
el último *porqué*,
perdiendo en el estudio la creencia,
las dichas de la fe.

FERNANDO ZAIDE.



La mujer española tiene el cutis naturalmente bonito, aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el *bochorno*, *grietas*, *barros* y hasta las *manchas* de pecas, empléese para la *toilette* la *Crema Simón*. No confundir con otras cremas.



En la Plaza Mayor.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y nacarada del marfil. Precio en París, 5 francos.

DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS

DROGUERÍA Y FARMACIA

de los Hijos de Carlos Ulzurrun.
ESPARTEROS, 9

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos empleese el *PILIVORE DUSSER*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

SERVICIOS DE LA

COMPañIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LINEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERA-CRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales, el 10 y 20 de Cádiz y el 20 de Santander.

LINEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean los días 26 Marzo, 23 Abril, 21 Mayo, 18 Junio, 16 Julio, 13 Agosto, 10 Septiembre, 8 Octubre, 5 Noviembre y 3 Diciembre de 1898, y de Manila cada cuatro sábados, ó sean los días 12 Marzo, 9 Abril, 7 Mayo, 4 Junio, 2 y 30 Julio, 27 Agosto, 24 Septiembre, 22 Octubre, 19 Noviembre y 17 Diciembre de 1898.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires con escala en Santa Cruz de Tenerife. Saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

LINEA DE FERNANDO POO.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. — LINEA DE MARRUECOS.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

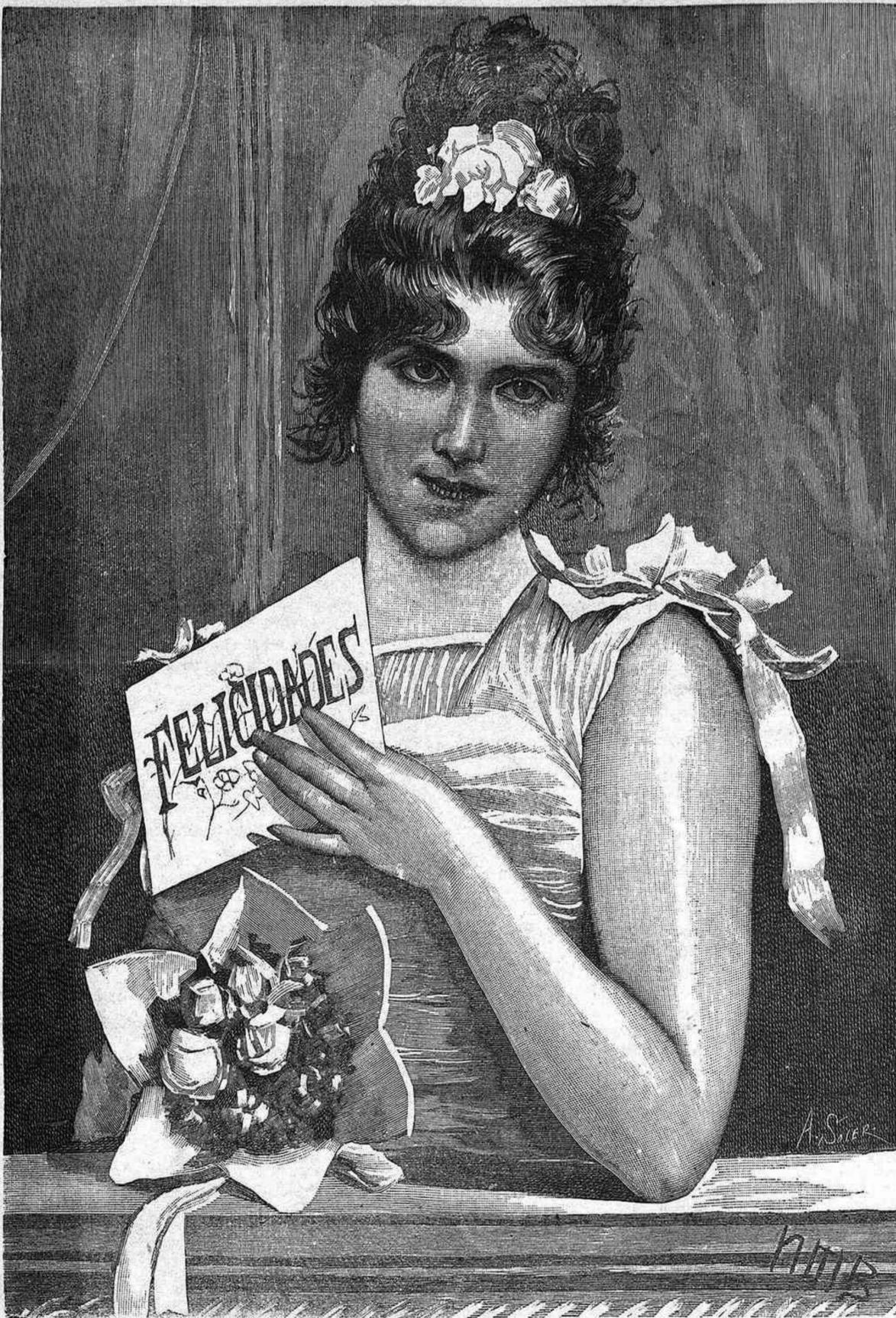
SERVICIO DE TANGER.—El vapor *Joaquín del Piélagó* sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasaje de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila, á precios especiales, para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

PARA MAS INFORMES: En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripoll y Compañía, Plaza de Palacio.—Cádiz: La Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, 13.—Santander: señores Ángel B. Pérez y Compañía.—Coruña: Agencia de la Compañía Trasatlántica.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: señores Bosch hermanos.—Valencia: señores Dart y Compañía.—Málaga: D. Antonio Duarte.

Imp. de los Hijos de R. Álvarez, á cargo de Arturo Menéndez Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.—Madrid.



Agente general para los anuncios franceses: M. F. MUS, RUE VEREINGTORIX, 233, Paris.

PASTILLAS PECTORALES INFALIBLES
contra la
TOS
inventadas en el año 1865 por el
DR. ANDREU
La rápida y universal aceptación que han tenido en todo el mundo y su éxito siempre creciente por espacio de tantos años, son la mejor garantía de las preciosas virtudes medicinales de estas **PASTILLAS**. Son tan rápidos y seguros sus efectos, que casi siempre se cura **LA TOS** antes de concluir la primera caja

ARTES GRÁFICAS

Fotografado, zincografía, cromotipia, etc.

ALFONSO CIARÁN
QUINTANA, 34, HOTEL
MADRID

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de
indisposiciones
del tubo digestivo.
adoptados de R. O.
por los Ministerios
de Marina y de
Guerra.
LOS RECOMIENDAN
INDISCUTIBLES
AUTORIDADES MEDICAS
CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
PIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción
transparente con los nombres del medicamento y del autor.

EMPLEAR
los SALICILATOS
de **VIVAS PÉREZ**

ALMERIA

NAIPES COMAS

FABRICA DE PAPEL Y NAIPES FINOS DE HILO Y UNA HOJA de Sucesores de S. Comas y Ricart, A. COMAS (S. en C.), Ronda de San Pedro, 4, Barcelona.—Casa fundada en 1797.—Teléfono, 1.708.—Marcas acreditadas: «El Ciervo» y «El Manco», «El León», de J. Samsó, y «El Periquito», de C. Massó.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes ó invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos, comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel, y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.
En la Perfumería Central de Agnel, 18, Avenue de l'Opéra, PARÍS, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.